

Suecia. El simple hecho de oponerse tenazmente á los Borbones y de insistir en el llamamiento popular que ponía en sus manos la solución del problema, bastaba para que aquellos mismos que como él estaban convencidos de la necesidad militar de la marcha sobre París recomendaran por razones políticas el que se aplazase en tanto que no renunciara á su Bernadotte y á sus proyectos de plebiscito.

Sin embargo de todo esto, cabía preguntar: ya que respecto del futuro gobierno de Francia no estaban de acuerdo las potencias ¿estabanlo, por lo menos, en punto á la desaparición del napoleónico? Y siendo cierto que nadie quería á Napoleón ni una regencia en nombre de su hijo, ¿por qué no se decía así y no se manifestaba de un modo terminante que ya no se quería con Napoleón trato alguno?

Estas preguntas tienen su contestación en un detallado dictamen que el príncipe Metternich entregó en 26 de febrero al emperador Alejandro. En él se consignaban las siguientes manifestaciones. Si el único objeto que en lo sucesivo había de tener la guerra debía ser la consecución inmediata de un cambio de la dinastía momentáneamente reinante en Francia, era preciso que los aliados declararan desde luego que no querían tratar con Napoleón ni deponer las armas hasta tanto que fuese admitida, reconocida, puesta en el trono y consolidada en él la nueva dinastía. Era, sobre todo, preciso que manifestaran concretamente su voluntad respecto de la elección de esta dinastía, no pudiendo existir duda alguna sobre esta cuestión ni sobre el apoyo con que pudiera contar la parte que se declarara en pro de aquella. Enfrente de esto consideraba como único punto de vista legítimo el que el gobierno británico había presentado y sostenido con rara lógica, á saber: el respeto debido á las cuestiones de índole puramente nacional, del que nunca se había prescindido impunemente. Su principio fundamental era no mezclarse directamente en este asunto, dejar en él toda la iniciativa á la misma nación francesa, no excitar ni contener á ésta en tal tarea, antes bien procurar sacar el mejor partido posible así de la existencia de Napoleón, si la nación la consentía, como de la restauración de los Borbones si ésta la decretaba; en cuanto á la elevación de una nueva dinastía (la de Bernadotte, por ejemplo) no la creía posible y no vacilaba en manifestar que las potencias no consentirían nunca en que se impusiera á un gran pueblo un soberano procedente de un partido positivamente débil, añadiendo que quien conociera á Francia no podía engañarse sobre este particular. «Si la caída de Napoleón puede ofrecernos tales ventajas que llega á constituir nuestro supremo deseo, este deseo no puede racionalmente ser confundido con el último objeto de nuestros esfuerzos. Los esfuerzos inmediatos que en este sentido se hicieran habrían de limitarse exclusivamente al simple hecho de declarar la destitución del actual jefe del gobierno y yo no creo poder admitir que V. M. ó sus aliados estén dispuestos á derramar la sangre de sus pueblos en constantes esfuerzos para mantener á un príncipe que la voluntad de V. M. habría sentado en el trono de un gran reino y á quien el honor mandaría á V. M. defender.» Esta manifestación lo dice todo. Si se quería procribir á Napoleón, era preciso indicar al propio tiempo á quién se designaba para sustituirle en el gobierno de Francia, lo cual era entonces imposible por dos razones: la primera porque ni los mismos aliados lo sabían todavía, pues que solo tres potencias querían á los Borbones mientras que Alejandro no quería á éstos sino á Bernadotte; y la segunda porque había que evitar la apariencia de una intervención arbitraria en el derecho privado nacional de Francia, en parte por respeto al derecho mismo, que en interés del futuro gobierno no podía ser violado, pues de lo contrario éste hubiera llevado el estigma de ser impuesto por

bayonetas extranjeras, y en parte por una aversión fundada hácia los sacrificios que tendrían que hacer los pueblos aliados para imponer á los franceses un gobierno que éstos no quisieran y sostenerlo luego en el poder por medio de la fuerza. Estos eran los verdaderos motivos por los cuales no podía en aquel momento decretarse la destitución y la proscripción del emperador, que con perfecto derecho y sin vacilación alguna fueron decretadas en 1815. Toda conducta ajustada á estas consideraciones no podía, por consiguiente, ser calificada de prueba de oposición á una guerra enérgica y de ardiente deseo de una paz indigna. En su contestación al dictamen de Metternich consignó el emperador Francisco dos manifestaciones. Una de ellas decía: «Estimo demasiado el derecho de todo pueblo independiente para mezclarme en cuestiones puramente nacionales, considerando yo como tales las que afectan á la persona del soberano y á las formas de la constitución interna; en su consecuencia, no me prestaré nunca á decretar la destitución de un soberano ni la institución de otro.» La segunda estaba concebida en los siguientes términos: «He ordenado al feld-mariscal príncipe Schwarzenberg que hasta el momento en que se firme la paz no se atenga en sus operaciones mas que á consideraciones militares.» Como se demuestra por la indicación que anteriormente hemos hecho, no existía contradicción alguna entre estas dos manifestaciones, y la marcha de avance de los ejércitos aliados, que se encontraban entre el Sena y el Marne tan cerca uno de otro, que en 1.º de febrero pudieron darse la mano en La Rothière-sur-Aube para luchar unidos, no podía en modo alguno ser interrumpida por lo que en Chatillon-sur-Seine acontecía.

Los acuerdos que en 29 de enero de 1814 adoptaron en Langres los ministros de las cuatro grandes potencias se relacionaban con la negociación entablada con el duque de Vicenza, que entretanto había llegado á Chatillon. Para esta negociación sirvieron de norma los puntos de vista que Metternich, consecuente con toda su conducta desde 1813, había expuesto en su mencionada proposición al emperador Francisco. Decía en ésta: «El arma mas poderosa de que se ha servido la coalición contra Napoleón ha sido la de arrancarle la máscara de la paz, bajo la cual ha ido amontonando conquista sobre conquista.» Esta antigua y poderosa arma debía ser ahora nuevamente esgrimida «negociando Europa con Francia (es decir, no con Napoleón), declarando aquella á ésta que le ofrecía la paz bajo determinadas condiciones y que se consideraba ella (Europa) como reconstruida en una medida fijamente marcada, reconstrucción que ya no podía ser objeto de negociaciones. En el caso de que Napoleón se negara á aceptar los propósitos de las potencias, quedaría naturalmente planteada la cuestión de la dinastía para apoyar la negociación, siendo probable que con ella quedaría terminada la guerra si Francia aceptaba nuestras proposiciones y derribaba, de una manera conforme al proceder hasta ahora por nosotros seguido, al hombre con quien no nos habríamos podido entender. El hecho de negarse Napoleón á aceptar una paz cuyas condiciones publicaríamos en seguida encierra una suma de probabilidades favorables á nuestra causa que merecen ser atentamente meditadas (1).» En su consecuencia, en la conferencia que en 29 de enero celebraron Castlereagh, Metternich, Nesselrode, Hardenberg, Stadion y Rasumowsky se convino: que se entablara una negociación en Chatillon con el duque de Vicenza, que había llegado allí; que las cuatro grandes potencias entrarían en ella no como cuatro potencias aisladas sino como representación total de Europa, con la salvedad de dar cuenta á sus aliados de lo

(1) B, pág. 21.

que consideraran oportuno; que como base de la paz se presentaría el antiguo territorio nacional francés; que si Francia pedía algunos datos acerca de las disposiciones convenientes por las potencias entre sí, se le darían á conocer las disposiciones generales, pero sin hacer de ellas objeto de negociación con Francia; que los negociadores recibirían una instrucción general que serviría para todos y que en el caso de romperse las negociaciones se pondrían en conocimiento de la nación francesa las condiciones que hubiesen sido propuestas al gobierno francés (1).

En virtud de estos acuerdos, llegaron el día 5 de febrero á Chatillon los representantes de los aliados, como si las cuatro potencias fueran una sola y sus plenipotenciarios un solo hombre (2); ninguno de éstos pronunciaba una sola palabra que no hubiese sido previamente consultada con los demás, según la instrucción, que valía lo mismo para uno que para otro. Su *ultimatum* era: «Que Francia volviera á las antiguas fronteras que tenía antes de la Revolución y que renunciara á toda supremacía sobre Alemania, Italia y Suiza.» Esto equivalía á una intimación dirigida á Napoleón (bajo la apariencia de petición imposible de aceptar) para que abdicara, dejando el puesto á los Borbones, los cuales podían hacer lo que á él no le era dado. Así lo entendió Napoleón, según hemos visto, y lo entendió con razón, porque en este sentido se había concebido el plan: para él, pues, se trataba simplemente, dada esta base, de seguir un simulacro de negociaciones con el fin de ver si conseguía una tregua é introducir la discordia en el campamento de los aliados, intento que parecía haber sido logrado cuando el plenipotenciario ruso, conde Rasumowsky, se apartó de repente, en 9 de febrero, de las negociaciones obedeciendo á una orden del emperador, el cual quería (antes consultar con sus aliados acerca de los sucesos recientemente acaecidos (3)). La compacta falange de los aliados pareció disgregarse, tanto mas cuanto que aquel mismo día Caulaincourt envió á Metternich una carta en la cual le manifestaba que se permitía preguntar á los plenipotenciarios si, en el caso de que Francia, aceptando la exigencia de éstos, volviera á sus antiguos límites, conseguiría inmediatamente un armisticio, pues si se lograba éste, como consecuencia de tal sacrificio, él estaba dispuesto á consumarlo. Añadía en ella que en tal caso consentía también en entregar una parte de las fortalezas cuya pérdida exigiera aquel sacrificio, y terminaba suplicando que «se mostrara la carta al padre de la emperatriz (4).»

Metternich, cuando esta epístola llegó á sus manos, el día 10 de febrero, se encontraba en Troyes con los monarcas y con sus ministros é inmediatamente malogró la intención de separar al Austria de los aliados, intención que las últimas palabras de la carta claramente indicaban, poniendo al día siguiente el documento en conocimiento de los monarcas y consignando en una carta adjunta dirigida al conde Nesselrode la siguiente manifestación: «El emperador no ha confundido ni confundirá jamás el bienestar de su pueblo y la salud de Europa con los asuntos de su interés ó sentimientos personales: en su consecuencia, S. I. M. me ha ordenado que, al notificar á los gabinetes aliados las manifestaciones del duque de Vicenza, invite á los ministros á una conferencia para determinar, de comun acuerdo, la contestación que se crea oportuno darles (5).»

Antes de que los ministros procedieran á discutir verbalmente en esta conferencia que había de celebrarse el día 13

(1) B, pág. 35-36.

(2) C, pág. 5.

(3) C, pág. 14.

(4) C, pág. 15.

(5) C, pág. 16. Todo lo que sigue es consecuencia de esto.

de febrero, hubo un cambio recíproco de memorias escritas, á las que sirvió de base un interrogatorio formulado por Metternich del cual se desprendía desde luego que bajo ningún concepto se concedería un armisticio sin tener antes una perfecta seguridad militar (6). La mayor parte de las siete preguntas presentadas por Metternich se refería al cambio de dinastía, es decir, á la cuestión: ¿Napoleón ó los Borbones?

Rusia, en su contestación, comenzaba por rechazar en absoluto todo armisticio; recomendaba que en el asunto de los Borbones se siguiera la conducta expectante hasta entonces observada; decía que el momento de la entrada en París era el único á propósito para resolver los deseos de Francia: «Los sufragios de la capital darán á las potencias la pauta de la dirección que en este punto hayan de seguir. En opinión de S. M. el emperador debería convocarse á los miembros de los distintos cuerpos constituidos, reuniendo así á las personas mas ilustres por sus servicios ó por su posición, é invitar luego á la Asamblea de esta suerte formada á expresar con entera libertad é independencia sus deseos y sus opiniones acerca del individuo que considere mas propio para figurar al frente del gobierno.» De suerte que ya no se proponía, como en Langres, convocar á todo el pueblo francés para que en asambleas previas eligiera á los delegados que habrían de formar parte de la Convención nacional, sino simplemente consultar á la ciudad de París; ya no se pedía un plebiscito con todas sus agitaciones y peligros, sino una votación de las corporaciones constitucionales de reconocida categoría. Esto parecía una concesión graciosamente hecha á la causa de la legitimidad en contra de los piropos hasta entonces prodigados á la Revolución; pero desgraciadamente estos cuerpos constituidos existentes en París habían sido creados en conjunto y aisladamente por Napoleón y se componían de los hombres que le eran mas adictos. Ahora bien, en el caso de que estos cuerpos encontraran que Napoleón, que los había instituido, era el hombre mas apto para seguir siendo señor y dueño de Francia, ¿debía esto considerarse como expresión de la voluntad del pueblo francés y ser por tanto aceptado por la Europa? Parecía como que el emperador Alejandro, después de haber visto demostrada por Reynier la imposibilidad de entronizar á Bernadotte, hubiese renunciado á la candidatura del antiguo escudero del emperador para apoyar en adelante la permanencia de éste en el poder antes que consentir en la restauración de los Borbones.

La quinta de las preguntas formuladas por Metternich decía: «En el caso de que París se pronunciara en favor de los Borbones y de que Napoleón se retirara al frente del ejército que le permaneciera fiel, ¿se declararían las potencias en pro de los Borbones ó firmarían la paz con Napoleón (7)?» El emperador Alejandro no podía lógicamente contestar á esta pregunta mas que de un modo. En efecto, si seriamente creía que la decisión de París significaba la decisión de toda la Francia y si ésta, por boca de los cuerpos constituidos, se declaraba favorable á la antigua monarquía, esta resolución había de ligarle tanto mas, cuanto que estos cuerpos darían la mejor prueba de imparcialidad declarándose en contra de su propio soberano y en pro del enemigo mortal de todo el sistema que éste representaba. Sin embargo, la contestación del emperador distaba mucho de estar redactada en este sentido. De los dos párrafos de que constaba decía el prime-

(6) La memoria de Hardenberg decía con gran elocuencia respecto de este punto: «Debemos firmar la paz con Napoleón lo mas pronto posible y sobre la base de volver á Francia á sus antiguas fronteras, pero hemos de asegurarnos bien del cumplimiento de la paz.» (C, pág. 20.)

(7) C, págs. 16-17.

ro: «Esta pregunta no puede ser contestada hasta que se esté en situación de juzgar acerca de los medios que pueda proporcionar París para sostener el partido que adopte y acerca del éxito que éste pueda obtener entre el ejército que permanezca adicto á Napoleón». De modo que la decisión que París pronunciara solo debía ser válida en el caso de que fuera contraria á los Borbones, pues si resultaba favorable á ellos, esta manifestación de la voluntad no se tendría por suficiente sino que habría que averiguar qué parte del ejército estaba á su disposición y si las tropas que continuaran al lado de Napoleón abandonarían y harían traición á su jefe. El otro párrafo de la decisión imperial decía: «Si París no se pronuncia contra él (Napoleón), lo mejor que podrán hacer los aliados será firmar con él la paz (1).»

Con esto, bastaba que los cuerpos imperialistas se negaran á contestar á la pregunta de los aliados para que se entendiera que Francia quería conservar á su emperador y para que las potencias firmaran la paz con Napoleón como si nada hubiese acontecido. ¡Cuán fácil era conseguir que los cuerpos imperialistas no se pronunciaran en contra del emperador! En el dictamen ruso se añadía: «Se procurará conservar incólumes el mayor número posible de corporaciones locales y municipales; se nombrará un gobernador que ejerza una vigilancia general sobre ellas, deseando S. M. el emperador que este gobernador sea ruso; como Rusia es la potencia que durante mas tiempo ha luchado contra el enemigo común, cree S. M. que nadie se opondrá á estas pretensiones.» Por medio de este gobernador ruso, debajo del cual solo habría corporaciones genuinamente imperialistas, hacía el emperador Alejandro, en el momento decisivo, dueño de los destinos de Francia y de la paz que con él hubiera de firmarse. Este gobernador ruso no había de hacer mas que ir retardando, bajo la apariencia de completa imparcialidad, toda notificación, ora favorable á los Borbones, ora contraria á Napoleón, lo cual sería suficiente para hacer fracasar la restauración y decidir el mantenimiento del imperio en forma de regencia, desempeñada, sino por Bernadotte, por cualquier otro mariscal ó por el mismo emperador. Alejandro había confesado impudentemente en 13 de febrero al indignado lord Castlereagh que su propósito era dejar que la nación eligiera con entera libertad un sucesor «ó mantuviera en el trono á Napoleón (2).»

De modo que se hubiera reproducido la alianza de Tilsit, con la diferencia de que la preponderancia habría estado de parte de Rusia, hasta que á los dos años se hubiese reproducido la guerra por la primacía de Francia. Es indudable que lo que proponía el emperador Alejandro era un medio ingenioso para mantener á Napoleón en el poder, y todo el que interiormente deseara esto y no quisiera aparentarlo no tenía mas que aprobar esta proposición, con lo cual hacía de la manera mas sencilla lo mejor y mas eficaz que podía hacer en pro de Napoleón y en contra de los Borbones. Esto hay que recalcarlo mucho, porque hasta ahora el emperador Alejandro había sido tenido por el enemigo mas implacable del imperio, y su ciego asentimiento á lo que se llamaba su «cruzada» á París era considerado como indicio de toda bondad de sentimientos.

Y sin embargo, sucedía todo lo contrario: el descubrimiento de los planes secretos del emperador Alejandro demuestra que podía tenerse mucha prisa en llevar adelante la marcha sobre París, sin por esto tener de Francia y de la paz de Europa y de Alemania mejor opinión que aquellos que no querían comprenderla hasta tener, por lo menos,

(1) C, pág. 25.
(2) C, pág. 30.

cierta seguridad contra el desconcierto para todos funesto que allí quería introducir el emperador Alejandro. El príncipe Metternich se opuso también enérgicamente á esta nueva forma del programa ruso, y decía en su dictamen: «S. M. no participa de la opinión de que la voluntad de París pueda ser considerada como expresión de la voluntad nacional, por muy grande que sea la influencia que cada capital ejerce sobre el espíritu de las provincias. Tampoco admite que una ocupación hostil ó la presencia de tropas extranjeras delante ó dentro de la ciudad sea el medio mas á propósito para facilitar á un pueblo la espontánea manifestación de su voluntad. Si la solución de esta cuestión se dejara al arbitrio de una asamblea compuesta de los cuerpos constituidos, se reconocería con ello á estas corporaciones nombradas por el emperador una legitimidad que se disputa al jefe que las ha instituido. En su consecuencia, cree S. M. que sancionar el gobierno precisamente en el momento en que se tiende á derribarlo y el publicar un manifiesto dirigido á la nación sería un paso que traería consigo peligros incalculables (3).»

A la proposición de Rusia respecto de la quinta pregunta opuso Hardenberg las siguientes observaciones: «En este caso tendríamos la guerra civil y no les quedaria á los aliados mas recurso que ponerse al lado del Borbon en pro del cual se hubiera declarado París. Firmar en tales circunstancias la paz con Napoleón sería cometer una falta de confianza contra los parisienses, es decir, contra una parte considerable del pueblo francés, tan ilustre por sus talentos, por su propiedad y por su influencia sobre la nación; sería sacrificarla á la venganza del soberano con quien tratáramos (4).» De igual manera se expresaba Metternich: «Si las potencias se lanzaran sobre París para excitar al partido realista ó á toda la población parisiense á pronunciarse en contra del actual gobierno, vendrían luego obligadas á sostener este partido y no podría ya hablarse de firmar la paz con Napoleón, pues de lo contrario resultaria para éste la inmensa ventaja moral de que se haría desgraciados á muchísimos por haber confiado en los aliados y de que se convertirían en objeto de odio para un gran pueblo los nombres de príncipes que tenían derecho á la gratitud del mundo entero (5).»

El día 14 de febrero firmó Metternich con Hardenberg el borrador de un tratado, absolutamente secreto, que merecería ser publicado íntegro porque arroja mucha luz sobre el núcleo de las cuestiones que propiamente habían sido debatidas en Troyes.

El preámbulo de este notable documento dice así: «Cuando la suerte de las armas ha traído á los ejércitos aliados á un punto en que la toma de posesión de la capital de Francia habrá de ser la consecuencia natural de una primera batalla ganada, SS. MM. II. de Austria y de Rusia y S. M. el rey de Prusia, con el fin de ponerse de acuerdo acerca de los principios fundamentales que han de servirles de norma en momento tan importante y acerca de los medios mas oportunos para hacer que la ocupación de París redunde en provecho de la buena causa, convienen en los siguientes artículos, á los cuales dan la misma fuerza que si constituyeran un tratado formal, á saber:

Artículo I. Las altas potencias contratantes establecen los siguientes principios fundamentales como base de su política en la actual situación de las cosas: a.) Siendo el objeto de su alianza restablecer un equilibrio justo entre las potencias, y considerando la reposición de Francia dentro de las fronteras que tenía antes de 1792 como una de las condiciones previas

(3) C, págs. 26-27.
(4) C, pág. 21.
(5) C, pág. 27.

necesarias para la restauración de la organización social de Europa, no quieren consentir ni tolerar que ninguna potencia abrigue, á consecuencia de nuevos triunfos de las armas aliadas, intenciones de conquista mas allá de las mencionadas fronteras de Francia (1. b.) Como las altas potencias incluyen la solución que se haya de adoptar respecto de la persona del soberano y de las instituciones nacionales en el número de las cuestiones que han de ser sustraídas á toda influencia extranjera, se comprometen formalmente á no intervenir directa ni indirectamente en los asuntos interiores de Francia. Por muy agradable que les fuese un movimiento espontáneo de los franceses en favor de la antigua familia real expulsada por la Revolución, no por esto están SS. MM. menos firmemente resueltos á permanecer fieles á la conducta que hasta ahora han observado respecto de los príncipes de la casa de Borbon. Si la nación se pronunciara por un movimiento espontáneo en favor de uno de los príncipes póstumos de la casa de Borbon, las potencias no le prestarán su apoyo hasta tanto que el jefe de esta familia haya renunciado formalmente sus derechos.

Artículo II. »Después que la presencia y permanencia de los ejércitos aliados en Francia hayan dado al pueblo francés tiempo y posibilidades suficientes para poder declararse en pro del restablecimiento del pretendiente en el trono, en el caso de que tal fuese el deseo de la nación, comprométense recíprocamente SS. MM. á firmar con el emperador de los franceses la paz sobre la base de las condiciones entre ellas convenidas y propuestas en Chatillon al embajador francés con el carácter de imprescindibles (*sine qua non*), inmediatamente después de su llegada á la capital, á no ser que antes llegaran á feliz cima las negociaciones que aun se seguían en Chatillon ó que en el momento de entrar los aliados en París la manifestación espontánea del deseo de la capital hubiese privado de hecho al emperador de los franceses de un poder capaz de darnos una garantía suficiente del cumplimiento del tratado de paz.

Artículo III. »La administración de París será organizada como la de todos los países ocupados por los ejércitos aliados, es decir, que París será ocupada por todas y en nombre de todas las potencias aliadas. Sin embargo, SS. MM. el emperador de Austria y el rey de Prusia, queriendo dar á S. M. I. de Rusia una prueba de especial consideración, dejan á su cargo la elección de la persona que haya de ponerse al frente del gobierno militar de París. En cuanto á los funcionarios de la administración civil serán nombrados sin distinción de entre los oriundos de las diferentes naciones. Pero como el gobierno militar de París exige una atención especial y continúa y como esta capital puede ofrecer abundantes recursos á los ejércitos, se constituirá sin pérdida de momento una junta compuesta de un austriaco, un ruso y un prusiano que se pondrá al frente de la administración de París en nombre de las potencias y obrará bajo la dirección de los tres gabinetes. Será también de la incumbencia de esta junta adoptar y ejecutar, de acuerdo con la intendencia general del ejército, las medidas mas convenientes para asegurar al gobierno y á los respectivos ejércitos la distribución mas equitativa de los recursos que la capital pueda proporcionar. París será dotada de una guarnición suficiente para mantener el orden: esta guarnición se compondrá de tropas de los tres ejércitos, cuidando los generales en jefe de que para este servicio se elijan tropas escogidas.

Artículo IV. »El presente convenio permanecerá eternamente secreto y únicamente se dará conocimiento de él al gabinete británico.

(1) Acerca de la importancia de estas palabras, véase C, págs. 33-34.

»Visto y aprobado por Metternich.

»Visto y aprobado por Nesselrode (2).»

Por medio del artículo 3.º quería Metternich arrebatar á los rusos la ciudad de París, de la misma manera que con el convenio de Leipzig de 21 de octubre de 1813 había querido quitar á Prusia el reino de Sajonia. En vez del gobernador ruso omnipotente que, según el plan de Alejandro, debía gobernar en París con solos los funcionarios de Napoleón antes de firmarse la paz y de decidirse cuál sería el futuro gobierno de Francia, ponía Metternich un simple gobernador militar, cargo que Austria y Prusia podían confiar impunemente á un ruso desde el momento en que ninguna intervención había de tener en los asuntos civiles. El gobernador omnipotente pretendido por Rusia podía conseguir un poder político extraordinario, sobre todo si el emperador Alejandro entraba antes que los otros en París y ocupaba por sí solo esta ciudad. Además, según hemos manifestado anteriormente, con lo que hiciera ó dejara de hacer, con lo que tolerara ó prohibiera y con lo que acelerara ó retardara, podía decidir acerca de todo el porvenir de Francia y de Europa. El gobernador militar propuesto por Metternich, por el contrario, debía dejar todos los derechos y negocios con los que pudiera hacerse peligroso en manos de la junta mixta encargada, en unión de los funcionarios por ella nombrados, de toda la administración, además de lo cual la guarnición de la ciudad, compuesta de tropas de distintas naciones, había de tenerle á raya impidiéndole cometer ninguna extralimitación en el terreno de la política.

El referido borrador de convenio fué inmediatamente presentado al emperador Alejandro y á lord Castlereagh. Este último dice hablando de él: «Para prevenimos contra el peligro que pudiera amenazarnos á nuestra llegada á París, el príncipe Metternich, después de muchas deliberaciones y consultas, ha preparado el adjunto borrador de tratado que ha sido visto y no desaprobado por el emperador de Rusia. La manera cómo en él se trata la cuestión de los Borbones debe ser considerada como extremadamente honrosa (*highly creditable*) para el Austria y viene á confirmar la opinión que sobre este particular he formado, es á saber, que la política de esta potencia no está influida por consideraciones de familia. Con este convenio puede conseguirse además otro fin provechoso imbuyendo en el ánimo del emperador Alejandro opiniones firmes y sanas respecto del trono de Francia (3).» Lord Castlereagh era el mas convencido de los defensores de los Borbones y el mas encarnizado enemigo de los planes que Alejandro tenía respecto de París, de modo que no puede ser sospechoso su testimonio acerca del espíritu de la política que había inspirado el proyecto de Metternich. ¿Qué pudo pensar el emperador Alejandro para leer y devolver, «sin desaprobarlo», este proyecto que llevaba ya las firmas de Metternich y de Hardenberg? El proyecto significaba para él la renuncia de todos sus planes relativos á París, pues le privaba de todos los medios necesarios para llevarlos á cabo. Esta renuncia debía producir en aquel momento no poca sorpresa. La orden que en 9 de febrero recibió Rasumovsky de retirarse de Chatillon estaba íntimamente enlazada con el llamamiento de los cuerpos de Kleist y de Kapzewitz, cuyas funestas consecuencias conocemos. El emperador quería obrar política y militarmente por su propia iniciativa y creía que podría realizar su cruzada contra París

(2) Así dice, traducido al alemán, el texto íntegro que tomo de una copia francesa encontrada entre los papeles de lord Castlereagh. En la *Revista histórica*, tomo XLIV (1886), pág. 277, solo hay completos los artículos 1.º y 2.º; además el preámbulo tiene algunos vacíos, y faltan en absoluto el 4.º y el 3.º, que es de capital importancia. C, pág. 34.

(3) Chatillon, 16 de febrero.